

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — TOMO XVI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 19. — N° 414.

Administracion general, passage Saulnier, núm 4, en Paris.

## SUMARIO.

Fuente elevada en la plaza de la Rotonda en Aix; grabado. — Leyendas de un alma triste. — Revista de Paris. — El clavel de la Ascension. — Roma; grabados. — Una historia inglesa. — Una visita á Covadonga. — Baile de moros en Argel; grabado. — Entrada del rey Victor Manuel en Nápoles; grabado. — Las mujeres. — El conde Walewski; grabado. — La fiesta de San Nicolás en la Lorena; grabado. — Independencia del literato. — El sepulcro del rey Pelayo. — Revista de la moda. — La fiesta de Santa Bárbara en Tolon; grabado. — Monseñor Dufetre; grabado.

## Fuente

ELEVADA EN LA PLAZA DE LA ROTONDA EN AIX (FRANCIA)  
La fuente monumental cuyo dibujo damos, que se

acaba de inaugurar en Aix, y cuyo conjunto tiene 40 metros de diámetro, con 12 de altura, es obra de M. de Tournadre, ingeniero de puentes y calzadas, y de M. Silvestre, del mismo ramo. La alimentan las aguas del canal concluido por M. Zola; la combinacion de los surtidores produce el efecto mas gracioso. Este monumento da frente á tres grandes avenidas, y presenta á cada una de ellas una de las figuras que forman el grupo en mármol colocado en el centro de su inmensa concha de metal. Dos de las figuras de este grupo son alegorías de la Agricultura y de las Artes, que simbolizan la vida real y la vida del pensamiento. La tercera representa la Justicia, reguladora soberana de esas dos grandas causas de la humanidad, y cuyos ojos se vuelven hácia la antigua ciudad parlamentaria, donde tiene su residencia desde hace tantos siglos. Esta última estatua es debida al cincel de M. Ramus; M. Chabaud es autor de la de la Agricultura, y M. H. Ferrat ha ejecutado la que personifica las Artes; finalmente, los leones y los niños montados en cisnes son de M. Truphaine.

Se han empleado simultáneamente la piedra calcárea dura del país, el mármol de Tholonet y la fundicion de hierro en esta construccion, elegantemente adornada con un cerco de césped, y cuyo aspecto forma un ornato admirable para la entrada de la ciudad de Aix.  
H. G.

## LEYENDAS DE UN ALMA TRISTE.

(Continuacion.)

COMO SIGUE EL AGUILA SU PRESA.

El príncipe no cerró sus párpados al sueño. A las cinco de la mañana, como que la fiebre crecia, los pulmones deseaban aire y la cabeza frio: y el príncipe salió cerca del mar á respirar el norte, y se sentó sobre las piedras de la orilla; dos horas estuvo sobre ellas inmó-



FUENTE ELEVADA EN LA PLAZA DE LA ROTONDA DE AIX.

vil, y dos horas también Hércules que lo seguía como la pantera al lobo, los ojos fijos en su cabeza.

El príncipe dirigió sus pasos á la calle de Sigogne, y la pantera daba vueltas al rededor de su presa.

El príncipe entró en su fatal casa; Hércules se sentó á su puerta; allí estuvo todo el día pensando en su hija; y el amante, todo el día pensando en su amada perdida para siempre.

Los dos espíritus tenían reconcentrados en el sepulcro de Otilia el agitado pensamiento.

¡Qué gran idea es la muerte para las naturalezas cansadas del dolor!... ¡Cómo vuelve á ella los ojos el alma afligida!

Es la única argolla para castigar el crimen; la única manera de curar el cansancio.

La muerte es el martirio, el descanso y la puerta de la eternidad.... es un mundo donde entran todas las ideas, todas las costumbres y las naturalezas de todos los reinos.

Sin la verdad evangélica, habría quien creyera que había sido el principio de la vida.

Mientras aquellas dos almas revoloteaban con el pensamiento al rededor del sepulcro de Otilia, enterrada á las diez de la noche anterior en su mismo nicho por las manos del africano Genaro, la marquesa, delante del espejo que era lo único limpio de su cuarto, tranquila y orgullosa de su venganza, libre ya de la rivalidad de aquel ángel hermosísimo, contenta del fin de su víctima, sin tener ya del sangriento drama sino el recuerdo de haberse quitado una rival de delante; se pintaba los cabellos, los ojos y las cejas, daba carmin á sus mejillas y empapaba en esencias su cuerpo, tan apestado como su alma, para arrastrar en pos de su persona, cuyo único atractivo eran sus títulos y sus riquezas, á los incautos caballeros que en busca de escenas andaban con los ojos abiertos por las calles y tertulias, como los gatos tras de los ratones en las despensas vacías.

Eran las ocho y la noche muy clara, cuando la marquesa, con los párpados inyectados de falsedad y envidia, salió de su hotel, y rodeada de sus adoradores se dirigió á la orilla de la playa.

Todos sonreían, y para aquella alma de Barrabás las penas no hacían historia.

El único huracán de su corazón había pasado, y el mismo egoísmo de siempre y la misma vanidad la alimentaban.

La fiera repartía sus sonrisas y miradas entre los inocentes pretendientes, como un titiritero sus guiños en la multitud... y la noche seguía tranquila y parecía que las estrellas todas tenían los ojos fijos en la playa.

En el ínterin por las puertas del príncipe Nicolás, en la calle de San Remy, no asomaba nadie; pero á las ocho se levantó el picaporte y salió el príncipe y lo siguió Hércules, como el águila al milano que se guarece en el hueco de las peñas y quiere salvarse protegido por las sombras de la noche.

El príncipe llegó á la orilla y se sentó sobre las mismas piedras donde había estado durante la mañana.

Hércules desapareció entonces, y al cuarto de hora una pequeña barca, conducida por tres remeros, como una flecha se aproximó á la orilla; dos hombres saltaron á la arena, el tercero quedó sosteniéndola á flote á poca distancia de la playa.

La marquesa y sus adoradores vieron cómo aquellos hombres cayeron como perros de presa sobre un cuerpo que estaba tendido cerca del mar.

Y como la fiebre extenuaba al príncipe, sin gran trabajo los dos marinos como si fuera una bola de algodón lo arrojaron sobre la barca: lo ataron al banco y echaron mano á los remos; á los pocos instantes, la marquesa y sus acompañantes habían perdido de vista los marinos y la barca.

#### JUSTICIA HECHA SIN FORMA.

Como las tempestades de la vida llegan cuando menos se esperan, así sucede con las del mar. La barca, dirigida por la mano de un hombre, cuyo semblante cubría el pardo *treport*, rompía impulsada de los dos remeros las ondas primero serenas, y que merced al viento que había saltado al Norte, comenzaban á levantarse desordenadamente.

Negros como escuadrones de gigantes los nubarrones principiaron á desprenderse del horizonte, y arrastrados violentamente parecían huir de la tempestad; la luna fué poco á poco velando su luz trasparente, y la vista no divisaba ya mas que oscuridad espantosa.

El choque de las nubes cargadas de electricidad, y los fenómenos de este fluido extraordinario, parecían estremecer el horizonte; de vez en cuando la luz del rayo vagorosa, corriendo de un extremo al otro iluminaba aquella masa densísima de sombras y confusión.

Los marinos remaban en silencio, y la barca estaba á menos de media legua de distancia de la costa.

El príncipe Nicolás atado al asiento, permanecía sin poder volver la cabeza. El hombre del timon, cuya figura cubría la capucha, no desplegaba sus labios; un trueno espantoso conmovió el cielo y el mar; el viento silbaba; era difícil contra su empuje adelantar la barca.

— ¿Podreis ganar desde aquí la orilla? dijo el hombre que empujaba el timon. Aquella voz heló la sangre en las venas del príncipe.

— Sí podemos, respondieron los remeros.

— Entonces, cúmplase la voluntad de Dios. — ¡Alto! dijo con voz como de acero arrojando su *treport*.

El viento desordenaba sus cabellos; en la oscuridad brillaban sus ojos; los del lobo hambriento eran menos encendidos.

— Levántate, le dijo al príncipe cortándole con su cuchillo las ataduras que lo aprisionaban.

El príncipe fué á levantarse; un golpe de mar estuvo á punto de volcar la barca, y cayó desvanecido sobre el asiento.

— Lo mismo es que te sientes: ¿me conoces? le dijo el hombre del timon.

El príncipe fijó los ojos en aquel hombre, y á la luz de los relámpagos reconoció al padre de Otilia.

— ¡Hércules! exclamó espantado.

— Sí, Hércules, murmuró el marino, como el león que ruge delante de la pantera.

— Este hombre, dijo dirigiéndose á los remeros, hace tres años llegó á estas playas; mi pobre Otilia tenía quince años; vosotros conociais su inocencia; puso en ella sus ojos; abrasó de amor su tierna alma: la niña correspondió á su cariño y le amó con la ternura de la virtud. Este hombre volvió al año siguiente; Otilia lo amaba con el amor profundo que encerraba en el fondo del corazón. Este hombre exigió á la niña el secreto, y Otilia era mi hija y guardó el secreto, creyendo que su amante era un caballero leal y honrado.

« Me voy, le dijo al abandonarla el segundo año; pero cuando vuelva no nos separaremos nunca. » Llegó, pero este infame no vino solo; le rodeaban su esposa y sus hijos; mi pobre Otilia le aguardaba enferma á la orilla del mar; voló á su encuentro, pero sus ojos vieron en lugar del tierno amante, el marido de una gran señora acompañada de sus hijos.

Hasta el alma le llegó la herida; y la enfermedad postró mortal á mi pobre hija. Dios la arrancó de las garras de la muerte, y luchando con el mal volvió á ver á este malvado; y este malvado no tuvo piedad de la víctima; la niña, ciega de pesadumbre y llena de compasión, entró por las puertas de su casa, y su infernal querida, llena de celos vino á mí; y cuando dormía tranquilo, me dijo con voz infame:

« Tu hija te deshonor y duerme en los brazos del príncipe Nicolás, en la primera casa de la calle de San Remy; si es verdad, ven á saberlo al jardín que da á la calle de Sigogne, por donde á las diez de la noche debe salir. »

Espantado salté del lecho; sin respirar aguardé apoyado en el umbral de aquella casa maldita; á las once salió mi pobre Otilia. La llamé, y me respondió para morir...

« Prométeme que no volverás á ver á ese hombre, le dije; prométeme, hija mía, que lo olvidarás.

— No volveré á verle; si no le olvido, moriré; me respondió el ángel de mi vida, y cumplió su promesa; á las sesenta horas Otilia dejó de existir. Despues este asesino, no contento aun, ha llegado con su mano audaz al fondo de su sepulcro: ha turbado el eterno sueño de la pobre muerta, y este hombre infame es el príncipe Nicolás.

¿Qué pena merece el que le roba á un viejo infeliz el honor y la vida de su único tesoro? ¿qué pena merece? El perverso para quien no hay vínculos sagrados, para quien la fe y la religion son una mentira, ¿qué pena merece?...

La tempestad respondía con su violento movimiento; el mar, la barca y las nubes giraban en desorden espantoso, todos callaban con terror profundo.

— ¿Tienes defensa, hombre cobarde? continuó diciendo Hércules: ¿tienes defensa? gritó furioso y convulsivo, dominando su voz estridente el rumor de los mares.

— No, respondió el príncipe, todo es cierto...

— ¿Cuál es entonces vuestro juicio?... dijo Hércules volviéndose á sus compañeros que miraban asombrados aquella extraordinaria escena, repasando como dos jueces rectos y llenos de sabiduría la acusacion oída.

— Nuestro juicio es que debe morir, respondieron á la vez.

— Entonces á la orilla, gritó Hércules.

Los remeros se lanzaron á luchar con las ondas como peces ligeros.

A las dos horas estaban sobre las piedras de la playa. Hércules se quedó en la barca entregada á la merced de las ondas.

Sus ojos contemplaban con el odio inmenso de la venganza, la figura pálida y descompuesta del príncipe.

— Yo debía degollarte como á un lobo; has sido infame; me has robado á traición el alma del alma mía; pero mi hija te amaba, y las lágrimas que has llorado por ella te hacen digno, á pesar de tu crimen, de que cruce contigo el hierro.

Toma ese cuchillo y defiéndete; defiéndete, porque no te perdonaré la vida, aunque en tu cobardía me digas que estás enfermo; yo también lo estoy; la fiebre me consume; defiéndete, infame...

— No me defiando, dijo tranquilamente el príncipe Nicolás.

— Defiéndete, perverso, que voy á matarte sin piedad, gritó Hércules con los ojos desencajados.

La tempestad era terrible; el viento arrastraba con violencia la barca; y el príncipe para no caer al agua, se tenía asido con ambas manos del banquillo del centro.

— Defiéndete, perverso, que voy á vengar mi honra, volvió á decirle el bañero convulso y frenético.

— No me defiando, exclamó con amargura el príncipe.

— Pues Dios te anpare, gritó Hércules saltando desde la popa á la proa, y cayendo sobre él como un tigre.

— La Virgen me perdone, exclamó el príncipe tendiendo el brazo armado.

El cuchillo de Hércules le entró por el lado izquierdo y llegó á partirle el corazón.

« Otilia » fué su última palabra; y como una piedra cayó en el mar.

Una gran mancha de sangre enturbió la verdosa onda: tres veces asomó á la superficie el sangriento cadáver, y á la cuarta desapareció en el profundo...

El viento arrastraba á la orilla la abandonada barca: las aguas entraban por ella, como se recostaban en las piedras de la playa.

Hércules hacia oracion sentado en la popa, sosteniendo maquinalmente el timon, que hacia rumbo al puerto.

¿Cómo debe llegar á Dios el ruego, cuando la tempestad abre el abismo y el cielo despide rayos, y el hombre afligido levanta á él desde las profundidades su voz llena de amor y de arrepentimiento!

La tormenta duró toda la noche, y el marinero oró toda la noche por el alma de su hija.

A las cuatro de la mañana Hércules saltaba en tierra, donde le esperaban sus amigos; pero llegaba moribundo.

A las seis el sol, derramando su luz sobre las montañas había calmado la tempestad del cielo; el viento y el mar traían montañas de olas á la orilla, y la marea montante arrojaba un cadáver sobre la playa.

¡Pobre cadáver! ¡era el del príncipe Nicolás, á quien atravesaba el corazón una profunda herida, cuyos bordes había dilatado el agua salada!

A las siete aun estaba expuesto sobre las piedras, porque la justicia y los hombres de la ciencia comprobaban un crimen.

Mas tarde llegó la princesa Zeneida y sus dos hijos; las lágrimas de aquellos niños amorosos bañaron el rostro de su padre, en cuya frente había dejado profunda huella la lucha con la tristeza y el remordimiento.

La marquesa de Canimar, desde las ventanas del Hotel Real, veía con su corazón de hierro y sus ojos, negros como sus pensamientos de víbora, la escena terrible.

No merecía su víctima ni el trabajo de bajar la escalera para contemplarla tendida sobre la orilla...

Unos cuantos minutos la observó con sus anteojos de nácar; y con la serenidad de la bestia salvaje, se sentó á la mesa, porque era la hora del desayuno...

Hércules entró espantado en su casa: sus vestidos estaban húmedos y manchados de sangre; la pobre abuela llena de inquietud le aguardaba á la puerta.

— ¡Dios le perdone! dijo temblorosa al ver la sangre que salpicaba el vestido de su hijo.

Hércules descolgó el Crucifijo de marfil de la pobre Otilia, pendiente aun al lado del lecho de la desgraciada niña.

El marino lo besó mil veces.

— ¡Perdóname, Dios mio! exclamó con profundo arrepentimiento, estrechándolo á sus labios abrasados por la fiebre.

Ruega por mí, hija de mi corazón, repitió derramando un torrente de lágrimas.

Y cuando la justicia llegó á su puerta, el pobre Hércules estaba loco.

En vano fueron las preguntas; en vano las aclaraciones; la razon de aquel pobre viejo estaba perdida, y perdida para siempre.

La ley condenó al culpable de asesinato á encierro perpétuo; la caridad lo llevó al hospital de los dementes.

Y aun vive Hércules; perdida la razon, taciturno siempre y fijos los ojos sobre la tierra; y cuando el cielo se nubla, ruge el viento y las nubes se remolinan, y la tempestad sacude sus alas y revuelve el fondo de las aguas, los cabellos del viejo se erizan; la palidez cubre sus facciones; y atónito, como sacudido de un horrible recuerdo, se ven asomar á los ojos de aquel infeliz dos lágrimas de fuego...

JOSÉ GUELL Y RENTÉ.

FIN DE OTILIA.

#### Revista de Paris.

En esta inmensa ciudad de Paris que cuenta millon y medio de habitantes, donde por todas partes la gente se muestra en muchedumbre, donde las casas son otras tantas colmenas atestadas de inquilinos de arriba abajo, parece imposible que haya quien viva en la soledad, en una soledad mas completa que la que puede haber en una aldea de cuatro casas. Y sin embargo nada es mas cierto; Paris, para muchas personas es, como dijo el poeta Casimiro Delavigne, « un gran desierto poblado. » En este caso tristísimo se hallaba hace dos años por ahora un jóven sin familia y atacado de una enfermedad que los médicos habían declarado sin curacion posible.

Este jóven, á quien daremos el nombre de Isidoro, se hallaba á punto de emprender un viaje, único recurso que le quedaba, segun la opinion de los facultativos.

Isidoro no confiaba en este expediente; pero queria salir de Paris, pues la muerte le asustaba en esta ciudad tan sombría durante el invierno. Haciendo sus preparativos de marcha, tomó una pluma y escribió lo que sigue á un antiguo amigo de colegio:

« Amigo mio: conozco que se acerca mi hora; he cumplido los treinta años, edad terrible de la que no ha pasado nin-

gun hermano mio, ni mi infeliz padre. No quiero morir en Paris y me marchó á Niza; ¿quieres acompañarme? Tú me cerrarás los ojos, tú me enterrarás, y en cambio te dejaré toda mi fortuna. No me niegues este servicio; sacrifícame durante algunos meses los placeres mundanos, y habrás cumplido una buena acción y habrás heredado veinte y cinco mil francos de renta. Ya sé que con esto no pagaré el favor; pero es todo cuanto poseo. Espero tu contestación con mucha impaciencia, pues deseo marcharme cuanto antes; hace un tiempo muy malo; yo toso mucho y conozco que si permanezco mas en Paris, dentro de quince días estaré en el campo santo.»

El sugeto á quien se dirigía esta esquila era el vizconde de \*\*\*, joven elegante muy conocido en los círculos de tono de Paris, de una salud robusta, muy amigo de la vida alegre, y que como ignoraba lo que es estar enfermo, no podía concebir que nadie lo estuviera.

Así sucedió que al recibir esta carta, se preguntó si su amigo Isidoro había perdido el juicio para huir de Paris en el mes de diciembre, la época en que comienzan las reuniones y los bailes.

Inmediatamente corrió á verle, y le halló tendido en el lecho, pálido, descañado y con una tos pertinaz que apenas le dejaba el uso de la palabra.

Entonces no tuvo mas remedio que convenir en que no todos los hombres disfrutaban de una salud como la suya, á prueba de todos los excesos.

Sin embargo, la idea de abandonar sus diversiones no le lisonjaba mucho.

— Vente conmigo, decía el pobre Isidoro.

— Sí, pero ¿por cuánto tiempo? ¿Todo el invierno sin duda?

— No; conozco que no llegaré al fin del invierno; aun podrás volver á divertirme, y mi fortuna te acabará de hacer rico.

— Bastante me importa á mí tu fortuna; tengo la mia que es muy suficiente, y si consintiera en acompañarte, no sería por quedarme con tus rentas.

— Ya lo sé, amigo mio; pero en fin, ¿accedes á mis ruegos?

— Sí, no quiero abandonarte, te tengo cariño y me enternece tu posición. Sin embargo, si supieras...

— ¿Qué?

— Que había formado muchos planes para este invierno... hasta creo que me habría casado...

— ¡Amigo mio!...

— Ea, está convenido, lo dejo todo: ¿cuándo quieres marcharte?

— Cuando tú quieras.

— Eso no es decir nada.

— Lo mas pronto posible.

— Está bien; mañana saldremos.

— A tu vuelta podrás poner tus planes en ejecución y te podrás casar, amigo mio, cuando yo esté enterrado.

— Vaya, vaya, deja esas ideas tristes; otra cosa me propongo yo con este viaje; veremos si la logro.

— Supongo lo que piensas; pero es inútil, no hay esperanzas para mí; los médicos me han desahuciado.

— ¡Oh! los médicos, si por cada vez que se engañan tuviera yo un luis, Rotschild á mi lado sería un miserable.

Dos días despues entrambos amigos salian para Niza.

El vizconde se alejaba de Paris sin acordarse ya de los placeres que se había prometido durante aquel invierno; se había consagrado con toda su alma á la obra caritativa de arrancar á la muerte aquella presa, y si esto no le era posible, al menos embellecería los últimos momentos de su querido amigo, y regresaría satisfecho de haber empleado todos los recursos que estaban en su mano para salvarle.

Cuando llegaron á Niza, el vizconde eligió una bonita casa, bañada por el sol y rodeada de flores.

Isidoro al entrar en ella no pudo menos de exclamar:

— ¡Ah! ¡cuán agradable sería aquí la vida!

— ¿Te gusta?

— Mucho.

— Pues vivirás en ella, amigo mio; vivirás feliz y contento.

Un suspiro fué la respuesta de Isidoro.

— Vamos á ver, continuó el vizconde, quién puede mas, si tus médicos ó yo; me propongo que queden mal contigo.

Al fin del invierno la mejoría de Isidoro estaba evidente; su nuevo médico, viendo ya su obra adelantada, comenzó á pensar en Paris.

— Amigo mio, le dijo, hay que variar de método. ¿Estás dispuesto á dejarte guiar como hasta el día?

— Haré lo que tú quieras.

— Corriente; pues te voy á decir lo que necesitas. Es preciso que vuelvas á Paris, y que en lugar de encerrarte en tu casa solitaria, frecuentes los paseos, los teatros, las reuniones...

— ¿Siempre contigo?

— Siempre; yo no te abandonaré hasta que la cura esté completa.

Llegados á Paris, el vizconde le presentó en las últimas fiestas del invierno.

No le dejaba sosegar ni un día ni una noche; paseos al bosque, comidas, funciones públicas, bailes de gran tono, hé ahí los medicamentos que recetaba al que unos meses antes se hallaba moribundo.

Los amigos se sorprendían y murmuraban; hubo quien creyó que había puesto en planta aquel sistema con Isidoro para heredar cuanto antes su fortuna.

Sin embargo, el vizconde se hallaba lejos de sospechar que censuraban así su conducta, y acababa su experimento.

Al principio del verano, la salud de Isidoro era inmejorable. En junio hicieron un viaje á los Pirineos, y allí el vizconde coronó su obra comprometiéndolo á su amigo con una joven, hermana de aquella con quien él debía casarse, y las dos bodas han tenido lugar al mismo tiempo.

Hoy los recién casados se encuentran en Paris, y sus salones son de los primeros que se han abierto en esta tempora-

da, con asombro general de todos los que han conocido á Isidoro, que gracias á su amigo ha pasado el año fatal en que sucumbieron su padre y sus hermanos. Los médicos no tienen aliento para protestar: hay prodigios que asustan á la ciencia.

Acaban de publicarse en Paris las obras completas de una escritora francesa, madama de Girardin, que la muerte arrebató demasiado pronto á sus admiradores y amigos. Es difícil dar una idea de las graciosas creaciones de aquella pluma tan fina, tan delicada, tan llena de «esprit», y sobre todo tan femenina. Madama de Girardin ha escrito algunas comedias muy celebradas; una sátira ingeniosa y aguda titulada *la Escuela de los periodistas*, y una colección de folletines, que es seguramente donde mas brillan las preciosas facultades que la distinguen. Estos folletines se publicaron de 1836 á 1840 con el título de *Cartas parisienses*, firmadas con el pseudónimo de vizconde de Launay, y en ellas se encuentran, al lado de la ficción mas original, la sensibilidad mas tierna y exquisita.

Queremos dar una muestra á nuestros lectores.

Se trata de un joven oficial que ha necesitado recurrir á un usurero, el cual efectuó el préstamo pedido la mitad en dinero y la mitad en canarios.

«Conocemos, dice, á un joven oficial que recibió de un impudente usurero mil canarios en pago. Poseer mil canarios y tenerse que ocupar de su alimento, era un caso apurado para un alférez; con mas facilidad habría gobernado mil luises... pero ¡mil canarios!... ¿quién encierra mil canarios en un bolsillo, y aun en una jaula?

» El pobre loco había encerrado esta cantidad *alada* en un cuartito dependiente del suyo; pero esta moneda singular que no sonaba, cantaba continuamente, y el ruido estrepitoso que producian aquellos gorgoros tenia en el mayor sobresalto á los vecinos de toda la casa.

» El tío del joven, á quien era preciso ocultar mas que á nadie esta especulación, fué el primero que se alarmó con los tales conciertos; subió á la guardilla de su sobrino, y al punto averiguó la verdad del caso.

» Este buen tío era hombre de talento, y así es que se echó á reír y pagó las deudas del sobrino.

» Entonces el joven no pensó mas que en sacar alguna utilidad de sus canarios. Su portera se encargó de vender dos docenas de ellos; su lavandera tomó unos pocos; despues quiso ser generoso y regalar los restantes, pero ni esto era fácil de hacer, pues era imposible dar mas de una pareja á cada familia conocida.

» Sin embargo, supo repartirlos con equidad en diferentes barrios: ofreció dos que eran muy bonitos á una actriz del Gimnasio, dos á una anciana que vivía de sus rentas, y cuatro á la niña del portero del ministerio de la Guerra; los niños gastan muchos pájaros, pero despues que hubo abastecido de canarios á todas las personas que conocía, á sus superiores, sus inferiores y sus amigos, le quedaban aun mas de los que hacen falta en una casa... ¿Qué hizo pues? Les dió la libertad.»

¿No es esta anécdota una de esas preciosidades literarias que no se desdeñaría de firmar el mas delicado de todos los poetas.

Un autor dramático francés muy conocido y muy aplaudido en varios teatros de Paris, M. Siraudin, ha dejado la carrera en que tanto ha brillado hasta ahora, y se ha hecho confitero.

Dícese que en esta empresa cuenta con la ayuda de un alto personaje, que le ha suministrado los fondos suficientes para poner un establecimiento que en lujo no tiene igual.

— ¿Porqué Siraudin se ha metido á confitero? se preguntan los parisienses.

La respuesta es sencillísima: — Porque quiere hacer fortuna.

Prueba evidente de que á pesar de todo cuanto se dice, el teatro da á los autores mas gloria que riqueza, cuando es que les da alguna de estas dos cosas.

La industria es hoy la gran via de prosperidad y de porvenir; de todas las carreras desiertan á ella hombres que aspiran á poseer un palacio, rentas del Estado y lujosos carruajes.

Aquí está la suprema felicidad. Roger, el famoso tenor de la Opera, se ocupa en la explotación de un gran tejar, de que se promete mas beneficios que de sus notas; así como la hermana de Rachel, Mlle Sarah Felix, tiene magníficos bancos de ostras por el lado de Cancale, que la producirán millones.

¿Porqué extrañar que Siraudin deje los bastidores y se entregue á los confites?

La inauguración de su casa, que ha tenido lugar en estos últimos días, ha sido un acontecimiento en Paris; nada puede verse, en efecto, mas lujoso ni mas elegante. Los mostradores, las alfombras, las luces, los adornos, todo es allí de un gusto exquisito. Siraudin vende bonbones ilustrados con las fotografías de las actrices de Paris, y sobre todo ha dado á luz una novedad que no dejará de ser apreciada en lo que vale. Se trata de flores naturales bañadas en azúcar y acameladas que conservan su color y su aroma; y ya hemos visto algunas elegantes comerse poco á poco su ramito de violetas de Parma durante las representaciones de la Opera y de los Italianos.

MARIANO URRABIETA.

### El clavel de la Ascension.

#### I.

¿Te acuerdas, hermosa niña,  
Niña hermosa como un sol,  
Te acuerdas de aquella tarde  
Primera de nuestro amor?  
Era en mayo: estaba el cielo  
Con su mas puro arrebol,

Tan bonito como tú  
Con tu vestido de gro.  
Juré yo entonces amarte  
Con todo mi corazón,  
Y tú al fin me respondiste:  
«El mio te entrego yo.»  
Y en prueba de tu cariño  
Quisiste darme una flor,  
Un clavel que yo á mis labios  
Llevé con adoración.  
Y te dije que sería  
Prenda eterna de mi amor  
El clavel que tú me diste  
El día de la Ascension.

#### II.

Muchas tardes, niña hermosa,  
Fuimos en alegre union  
A ver del astro del día  
El postrero resplandor.  
Y pasábamos las horas  
En dulce conversacion,  
Yo embriagado con tu acento,  
Tu pendiente de mi voz.  
Tus ojos languidecian  
Al mirarme con rubor,  
Y los míos destellaban  
El fuego de tu pasión.  
Y cuando ya de la noche  
Reinaba el débil fulgor,  
Con harta tristeza mia  
Te dejaba en tu mansion;  
Pero antes de despedirnos  
Besábamos con ardor  
El clavel que tú me diste  
El día de la Ascension.

#### III.

¡Ay! que nunca echa raíces  
La dicha en el corazón,  
Mientras que en él es eterna  
La semilla del dolor.  
Tú que en mayo me quisiste,  
Me hiciste en julio traicion;  
Fué una nube tu cariño  
Que rápida se alejó.  
Pero esa nube que flota  
Del cielo en la alta region,  
Para mí, niña, destila  
Gotas de amargo sabor.  
Yo la veo y la bendigo,  
Que era mi bella ilusión;  
Y no me atrevo á perderla  
Ni á darla el último adiós.  
Como no lo daré nunca  
A esta pobre y mustia flor,  
Al clavel que tú me diste  
El día de la Ascension.

#### IV.

Bien sé que un clavel yamustio  
Sin frescura ni color,  
No merece por sus galas  
Tan firme veneración.  
Bien sé que en sí es una joya  
De muy escaso valor;  
Pero no te pese, niña,  
Que lo juzgue un rico don.  
Que esté clavel sin aromas,  
Sin galas, sin esplendor,  
Tuvo un tiempo su belleza,  
También un día brilló.  
Que fué este clavel, hermosa,  
La prenda de nuestro amor,  
El clavel que tú me diste  
El día de la Ascension.

VICTORIANO MARTINEZ MULLER.

### Roma.

La primera de las vistas que damos aquí de la ciudad de Roma ofrece todo lo que queda de un antiguo templo destinado á consagrar la mística union de Roma divinizada y de Venus; por eso le llamaban el templo de Venus y Roma.

El edificio doble como su nombre se componía de dos navés cuyas tribunas pegadas una á otra, eran de forma hemisférica. La que vemos aquí estaba consagrada á Venus y mira al Coliseo. La otra que existe actual-

mente en el jardín de un convento contiguo, se encuentra hacia el lado del *Forum*.

El emperador Adriano, poeta de un gusto amanerado ya, pero digno de elogio, había concebido la idea de este edificio, que no dejó completamente satisfecho a Apollodoro, un arquitecto del anterior reinado. Dos defectos halló en él, dice la historia, y sus críticas debieron ser muy justas, pues las pagó con su vida. Y sin embargo dudamos que haya ruinas mas graciosas y mas propias para recordar que *Amor* fué uno de los misteriosos nom-



RUINAS DEL TEMPLO DE VENUS Y ROMA.

bres de Roma, como es el anagrama de la palabra *Roma*.

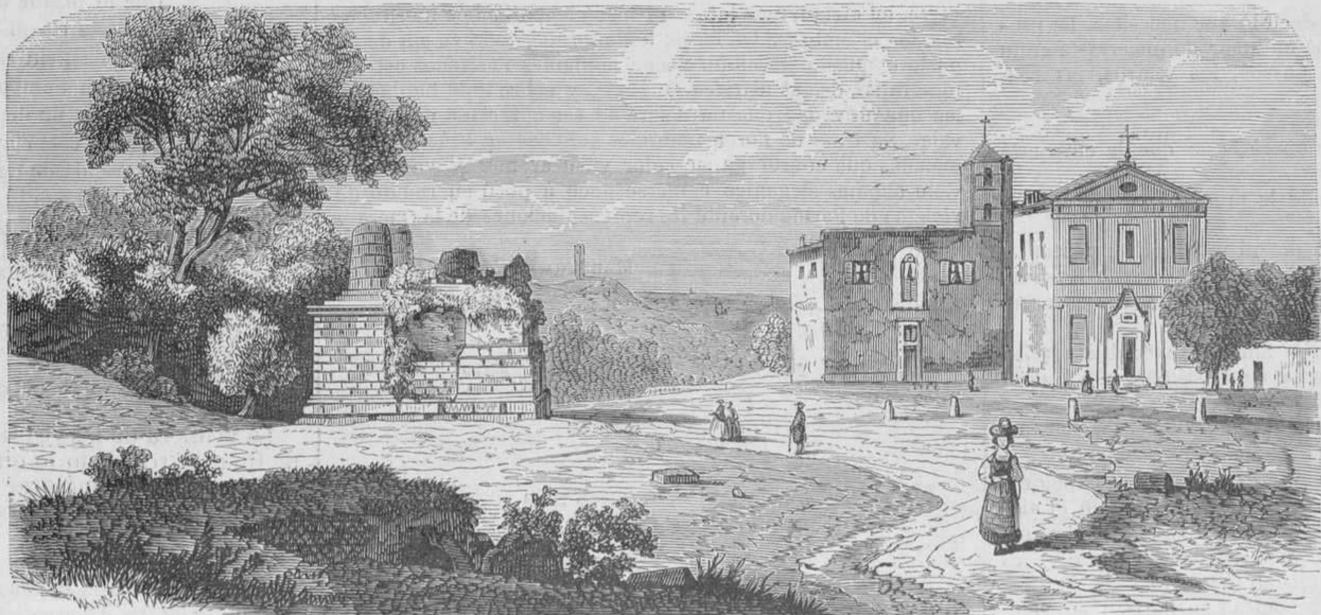
Los enormes trozos de columnas esparcidos por el suelo, provienen del doble pórtico que rodeaba el templo de Vénus y de Roma. Un poco mas atrás se eleva un convento contiguo á la iglesia de Santa Francisca Romana, con el campanario bizantino de esta iglesia, una de las mas antiguas, pero no de las mas curiosas de Roma. Apenas se ve otra cosa notable que un bajo-relieve de Olivieri, representando la vuelta de la Santa Sede á Roma al cabo de setenta



JARDIN DEL CONVENTO DE SAN BUENAVENTURA EN EL PALATINO.

y dos años de destierro.

A la derecha de estos edificios y de un camino que pasa por debajo de los arcos, hay tres bóvedas colosales, designadas durante mucho tiempo con el nombre del templo de la Paz. Hoy se dice que es una basílica elevada por Maxencio, que despues de la victoria que Constantino alcanzó contra él, tomó el nombre de Vencedor. Los tres arcos que quedan no eran en cierto modo mas que unas capillas laterales en aquella inmensa basílica, cuyo antiguo revestimiento de mármol está adherido aun al ladrillo en mu-



SEPULCRO DE LOS HORACIOS Y CURIACEOS EN ALBANO.

chas partes. La bóveda de la nave principal se hallaba sostenida por ocho columnas de una sola pieza de 44 piés de altura y de 19 piés de circunferencia. Una de esas columnas, de un corte verdaderamente admirable, fué trasportada por orden del papa Pablo V á la plaza de Santa Maria la Mayor, donde coronada con una estatua de la Santa Virgen domina una fuente.

El templo de Vénus y Roma no está separado del monte Palatino mas que por la via Sacra, llamada así por los sacrificios que

**Las mujeres.**

Hé aquí un artículo de primera necesidad, como si dijéramos el pan de cada día: aquello sin lo que no se puede vivir.

Por grande que sea nuestro orgullo, por indomable que sea nuestra soberbia, no saldremos nunca de esta humillante definición:

Cada hombre no es mas que la mitad de una mujer.

Ellas á lo menos pueden decir con cierta satisfacción: cada una de nosotras somos la mitad de un hombre.

Llevando los términos de este problema á una solución matemática, venimos á parar á un resultado incontestable.

No hay manera de eludir la ingénuu exactitud de la aritmética.

Si cada hombre es la mitad de una mujer, diez hombres reunidos no pueden arrojar mas que la suma total de cinco mujeres; si cada mujer es la mitad de un hombre, diez mujeres juntas equivalen á cinco hombres.

O la ciencia de los números es una vergonzosa superchería, ó lo que he dicho no tiene vuelta de hoja.

Consideradas bajo el punto de vista del lugar que ocupan en el orden social, también es de ellas la ventaja.

Las mujeres marchan delante en todos los movimientos de la humanidad, pues solo así puede verificarse el constante fenómeno de que los hombres anden siempre detras de las mujeres.

He presentado una demostración matemática, y acabo de exponer un argumento arrancado de la historia de todos los tiempos: ahora voy á valerme de una observación cuya fuerza comprenderán perfectamente todos los que estén iniciados en los secretos del comercio.

Yo pregunto: ¿hay algo que valga mas que una mujer?

O de otra manera: ¿hay algo que cueste mas?

Para amar á un hombre ellas no necesitan, mas que contar con su corazón: para amar á una mujer, el hombre necesita contar, y sobre todo, con su bolsillo.

Para los que no miden por el dinero el valor de las cosas; tengo otra pregunta:

Si las mujeres no valen nada, ¿porqué se las guarda tanto?

Se pierde un hombre, y como los agentes de algun tribunal no se tomen el trabajo de buscarlo, no hay quien se dedique á averiguar su paradero.

Parece que no se ha perdido gran cosa.

Pero se pierde una mujer, y todos los hombres se dedican á buscarla.

Parece que se ha perdido el mundo.

«Fragilidad, tú tienes nombre de mujer.»

Esto ha dicho un grande hombre, sin caer en la cuenta de que la mujer no puede ser frágil por sí sola.

El gran poeta inglés nos ha sorprendido con un



EL CONDE WALEWSKI, MINISTRO DE ESTADO.



LA FIESTA DE SAN NICOLAS EN LA LORENA. — San Nicolás repartiendo dulces entre los niños que han sido buenos.

pensamiento que se halla formulado en todas las lenguas, desde que hay vasos de cristal, platos de porcelana y tazas de China.

Todas las cocineras del mundo se habían anticipado al grande hombre.

Será difícil encontrar una que antes que lord Byron no hubiera dicho alguna vez por lo menos:

«Señora, se han roto seis vasos, cinco platos y dos tazas;» en lugar de decir: «Señora, los he roto.»

El hombre fuerte, inteligente y sabio puede caer diez veces al día: pero la mujer débil, ignorante y tímida no puede tropezar una vez en su vida.

La piedra no es dura, porque hay una gota de agua tenaz y continua que al cabo la rompe.

El hombre no puede resistir á una mirada cariñosa, ni á una sonrisa afable, ni á una palabra tierna; pero la mujer es preciso que resista á las miradas, á las sonrisas, á las palabras, á las súplicas, á las amenazas. ¿Se quiere saber lo que sería un hombre convertido en mujer? Pues véase lo que son aquellos á quienes el poder, el talento ó la riqueza ha rodeado de continuas adulaciones.

Las hemos de envolver en el humo de nuestras lisonjas, y no han de tener vanidad.

Hemos de abrirles los ojos, y no han de ver.

No las queremos mas que hermosas, y han de querer ellas ser honestas.

Las empujamos, y no han de caer.

¡Pobres mujeres! Las hemos prohibido todos nuestros defectos, y además los suyos.

Otro grande hombre ha dicho, que la mujer es el bello defecto de la naturaleza.

Su belleza consistirá sin duda en ser mujeres, y su defecto en no ser hombres.

Mas bien debe entenderse de esta manera:

Su belleza consiste en no ser hombres, y su defecto en ser mujeres.

Acaso entre el hombre y los ángeles había demasiada distancia, y Dios, hizo á la mujer.

Observen de qué mujeres es de quien el hombre se queja. Véase cuáles son para él las inconstantes, las frágiles, las ingratas, las crueles.

El amante se queja de su querida; el marido de su esposa; el libertino de las que pierde; el indiferente de todas aquellas en que puede fijar sus ojos y comprometer su corazón.

Es decir que el hombre se queja de la mujer que ha elegido, ó de aquellas entre las que se halla la que él puede elegir.

Parece que en ese número entra toda la bella mitad del género humano.

Pero medítese bien.

Ningun hombre ha elegido á su madre: todas las madres son buenas; yo no conozco ninguna madre que no sea mujer, y apenas hay alguna mujer que no llegue á ser madre.

¿Qué finge el hombre para conquistar el cariño de una mujer?

Amor.

¿Qué finge la mujer para esclavizar la voluntad de un hombre?

Belleza

El hombre tiene que valerse de un sentimiento; á la mujer le basta un poco de arte.

La mujer dice siempre: « me amas. »

El hombre no dice mas que « me gusta. »

Es noble, dicen ellas, es generoso, es valiente, ¡qué atento! ¡Qué buen corazón!

Nosotros decimos: es blanca, es airosa, ¡qué pié! ¡qué ojos! ¡qué garganta!

Para atraer á las mujeres hácia nosotros, para obtener su confianza, fingimos virtudes; ellas, por el contrario, se valen de la apariencia de algunos vicios.

Por regla general, el hombre esclaviza á la mujer convenciéndola de la profundidad de su cariño, de la inmensidad de su ternura; en una palabra, haciéndola creer que la ama.

Por regla general, la mujer ejerce sobre el hombre el imperio de su caprichosa voluntad, haciéndole creer que ama á otro.

Si fuera posible penetrar en lo mas recóndito del corazón de un hombre enamorado, encontraríamos á menudo á la vanidad oculta detrás de la pasión.

Si fuera posible descubrir el fondo del corazón de la mujer mas frívola, veríamos al amor oculto detrás de sus aparentes ligerezas.

El hombre disimula sus defectos morales; y las mujeres sus imperfecciones físicas.

Ellos seducen por la pasión; ellas por la coquetería.

Imaginense dos amantes que tratan de dominarse mutuamente; que pretenden, por decirlo así, echar el resto en sus recíprocas seducciones.

El, fatiga su imaginación buscando el medio mas eficaz, y hace el inventario de los recursos posibles.

Riqueza. Con esto se puede despertar su avaricia, pero no su cariño.

Poder. Con esto se inflamará en su corazón el fuego del orgullo, y se apagará la luz de su ternura.

Gloria. Esto la servirá para admirar, pero no para querer.

Ni riquezas, ni poder, ni gloria: hay que buscar otro camino.

La imaginación se desespera, batalla con las sombras del entendimiento, hierve entre las dificultades que se oponen á su deseo, hasta que al fin salta un rayo de luz.

No es una idea, es un sentimiento lo que lo ilumina.

Necesita una desgracia que consolar, un sacrificio que hacer, un infortunio que combatir.

Por ejemplo: Hay una casa donde se alberga una familia pobre: esta familia se compone de tres niños, que uno no ha salido todavía de la cuna, otro no puede aun andar sin el auxilio de las manos, y el tercero no se atreve á correr sin peligro de caerse: completa este cuadro lo único que puede completarlo: una madre.

De repente la casa es presa de un incendio: entre el humo que sale por las junturas de las puertas, se escapan los gritos de la madre desesperada y de los niños afligidos.

Nadie se atreve á penetrar en aquel edificio que respira humo por todas partes y que cruge devorado por el incendio.

Un hombre se presenta; aparta á la multitud que le estorba el paso, empuja vigorosamente con entrambas manos la puerta que cede, y desaparecerá detrás de un torbellino de llamas.

Poco despues se abre un balcon, y el hombre aparece en él con un niño en los brazos, y aquel niño se salva: luego aparece con otro, y se salva tambien; luego aparece con el tercero, luego con la madre.

A este recurso no hay corazón de mujer que se resista: él ha triunfado.

Ella busca á su vez el medio mas seguro de encadenarlo á su cariño, y se echa sus cuentas de este modo:

Inocencia: Se fastidiará.

Recato: No le agrada.

Amor: Si él averigua lo que yo le quiero ¿no me olvidará?

Ni inocencia, ni recato, ni amor: hay que buscar otro camino.

Esta vez el rayo de luz viene de fuera, y hiere sus ojos despues de haberse reflejado en la superficie de un espejo: levanta la cabeza, se mira y se sonríe.

Trenza sus cabellos con gracia, ajusta su talle, descubre de su garganta lo necesario para que el deseo adivine lo demás; la mano busca un fondo oscuro para que se destaquen bien sus bellos contornos y su limpia blancura; el pié se adelanta sobre la alfombra pequeño y atrevido.

Ante estos recursos no hay hombre que se resista: ella tambien triunfa.

Llega un momento en que se ven: él lleva el cabello chamuscado; sus manos están marcadas por el incendio y su rostro señalado por el humo.

Ella resplandece con todos sus encantos.

Se miran, se contemplan, y se adivinan.

Ella dice: ¡qué bueno es! y él: ¡qué hermosa está!

¿Cuál de los dos es mejor?

¡Mujeres! solo llegais á ser malas despues de haber tratado mucho á los hombres.

Para que lleguéis á ser despreciables, es preciso que empecéis por ser la admiración, el encanto y la felicidad de los mismos que os desprecian.

¿Cuántas veces la mano del hombre salva á la mujer de la perdición y de la ignominia? Y ¿cuántas veces no nos devuelven ellas la virtud, la esperanza y la felicidad!

Lo digo con franqueza: yo desearia ser mujer, si no perdiera, al serlo, el hermoso privilegio de admirarlas y quererlas.

J. S.

### Independencia del literato.

POESIA DE MILLEVOYE

PREMIADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

(Traducida al castellano.)

La libre independencia, noble y grata  
Es alma del saber: no hay quien detenga  
Del ingenio el sublime y rauda vuelo:  
No recibió las alas con que impera  
Para vagar inerte y abatido  
Y arrastrarse humillado por la tierra:  
Siempre camina fiel y reverente  
Tras la augusta verdad, y nunca altera  
Con vergonzosos hechos sus acciones:  
Extraño á los partidos, se presenta  
Inmutable y pacífico en la lucha,  
Y de un pesar lejano se reserva:  
Nunca vendió su corazón ni pluma:  
Jamás su rectitud á toda prueba,  
Prodigó en menoscabo de su honra  
Tributo humilde á estúpidos Mecenas:  
Ni en sacrificio de su nombre y fama  
Abatió su arrogancia y su grandeza;  
Ni incensando á los ídolos inmundos,  
Se inclinó consternado en su presencia.

La frente orlada de laurel sagrado,  
Despreaux de Auteuil en su destierro llega,  
Y en su país natal recoge ufano  
El digno premio que el saber presenta:  
De Moliér en la grata compañía  
A su dulce amistad y amor se entrega,  
Y á su constante hospitalario esfuerzo,  
Pulsa su lira y su cantar eleva;  
Y el fausto de Luis, altivo y grande  
Que en su estupor enajenado viera,  
Se dispipó á sus ojos, como el viento  
Arrolla y barre la brumosa niebla.

De un alma franca y superior ornado  
Rousseau trasfugo los palacios deja,  
Y torna satisfecho á su cabaña,  
Despreciando las honras y riquezas:  
Para él, son hierros los brillantes hierros:  
Los favores de un príncipe, cadenas:  
Sus beneficios, miseros ultrajes:  
El corazón agreste que lo alienta  
Derrama por los montes espantosos,  
En los sombríos bosques y en las selvas,  
El precioso tributo del estudio,  
De su espíritu altivo y de su ciencia.

Dichoso el sabio que en tranquila calma  
Su solaz busca y su morada encuentra,  
Allí donde el tesoro del talento  
Se ve libre de celos y contiendas:  
Su eterna fama, su brillante nombre,  
En el crisol del tiempo se acrecientan,  
Se purifican, y producen ledos  
El fruto de su digna inteligencia.  
Rechaza tantos viles adversarios,  
Tanto rival odioso que lo asedian;  
Tanto combate, pugilato osado,  
Que en su exterminio intrépido campea:  
Al célebre Descartes la calumnia  
Cubrió con imposturas y tinieblas;  
Y á los campos lejanos de Batavia  
Llevó sus obras y memoria eterna.

Tal del noble saber es el destino:  
Ante la adversidad su esfuerzo eleva:  
En días de dolor, resiste ufano  
Cual anímico y decidido atleta,  
Luchando con los males y desgracias  
Que por do quier lo oprimen y lo cercan;  
Las tintas y colores les reclama  
Para trazar con ellos su carrera:  
Así Vernet en su bajel perdido  
Cercano á hundirse en la cruel tormenta,  
Estudiaba tranquilo de las ondas,  
Para pintarlas, la actitud soberbia.

El sabio satisfecho, en sus escritos  
A la contraria suerte siempre muestra  
El poderoso irresistible esfuerzo  
Que á su dominio y su poder lo lleva:  
Libre, ufano, el palacio de los reyes  
Indiferente mira; y sin bajeza  
Si alguna vez modesto se somete,  
Jamás se abate y su actitud conserva:  
Con su gran corazón, siempre animado,  
Protege al oprimido con nobleza,  
Sin atender del opresor el rango,  
Su predominio, autoridad y fuerza.

Fouquet perdió del príncipe la gracia,  
Y la Fontaine de amor el alma llena,  
En su dulce amistad le prodigaba  
El remedio apacible de su pena  
Y su dolor templaba trasportado  
Con sentidas y téticas endechas;  
Y sin vulgares sustos ni temores  
Delante de su rey su ardor expresa.  
¡Temeridad sublime! ¡raro esfuerzo!  
Tal es del genio la arrogancia extrema.

En vano de un tirano los conatos  
Contra el sabio se acrecen y fomentan,  
En vano su poder irresistible  
Un destierro mortífero le ordena;  
No hay expulsion, prisiones ni tormentos  
Para la erudición, para la ciencia;  
Esos peñascos rudos y espantosos,  
Esos fríos campos de Siberia,  
Esas tristes arenas del desierto,  
Esas simas profundas y cavernas,  
Nada encierran en sí que cause miedo  
Al que en las letras su dominio lleva:  
Proscrito, errante y solo, no se cree  
En la adusta desgracia que lo cerca:  
Su eterna idolatría es el estudio:  
Y una patria se forma donde alienta.

Empero si oprimido en triste encierro  
Bajo el peso fatal de la cadena  
Sufre de la opresión el fiero yugo,  
Con ánimo tranquilo siempre ostenta,  
En el libro feliz de su destino  
Del perverso el castigo que lo venga:  
A su opresor le dice con orgullo:  
«No soy tu esclavo aunque en prisión me tengas.»  
Un retiro apacible y silencioso  
Es el encierro en que triunfante sueña;  
Y si el cielo propicio le ha dotado  
Con el estro divino de poeta,  
Canta y traza en los muros denegridos  
Con sus pasados yerros sus creencias.

Un mortal sumergido en la ignominia  
Se postra al vencedor con baja mengua.  
A diferentes dueños se somete,  
Y para hablar su autoridad espera:  
El sabio libre su dominio ejerce,  
Siguiendo ufano la razón austera:  
No teme la opresión ni el desvarío;  
Del honor y virtud sigue la huella:  
Cicerón, que de un déspota inclemente,  
Sufrió el trato cruel, nunca se arredra;  
La libertad romana busca ansioso,  
Y en el sepulcro impávido la encuentra.  
Demóstenes tambien, la impura copa  
Apuró silencioso; y su existencia  
En un sueño tranquilo y apacible  
Legó al tirano y descendió á la huesa.

Sucumbe el hombre oscuro; en su ruina  
En continuo estupor medroso piensa:  
Una mano de hierro de su tumba  
Cubre el estadio y su memoria encierra:  
El sabio siempre existe: de la parca  
A la terrible vista, con firmeza  
Le prohíbe resuelto y animoso  
Borre sus obras con impura diestra:  
Sin odio, sin temor, tranquilo espira:  
Mas su gloria y su triunfo siempre queda,  
La cortante cuchilla de la envidia  
Siempre se embota en su eternal diadema.

Tal el ave preciosa de Meandro,  
Cuando á su fin sin consternarse llega,  
Con deliciosos ecos se despiden:  
Muere gozosa y sus cantares deja.

JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

### El sepulcro del rey Pelayo.

Si alguno al hojear las ilustradas páginas de este periódico leyere este epígrafe, creará sin duda que vamos á describir un sepulcro admirable, grandioso, sublime, idealizado por la ardiente imaginación del poeta ó del artista.

Pero bien pronto á la curiosidad sucederá el rubor y la ilusión desaparecerá, como desaparece una gota de agua echada en el Océano.

Y por triste, muy triste que sea la misión de disipar las ilusiones de los lectores, una fuerza superior nos impele á censurar la ingratitud de las generaciones pasadas y presente.

Unas y otra se olvidaron, ó despreciaron los beneficios que la nación española recibió de Don Pelayo, electo rey despues del triunfo de Covadonga.

Imposible parece que una nación noble, generosa y magnánima, cometa ingratitud tan manifiesta.

Y sin embargo, la nación que cuenta á Don Pelayo entre sus primeros héroes, muestra su ingratitud en el sepulcro del restaurador de la monarquía.

Si Pelayo, esa gran figura que empezó la reconquista en las fragosas montañas de Asturias, levantara su cabeza y viera en donde le tenemos encerrado, ¿qué diría? — Oh! ni aun queremos pensarlo.

Los grandes pensamientos salen del corazón, y el pensamiento que domina en el sepulcro de Don Pelayo es pobre, raquítico y miserable.

Al visitar el histórico y glorioso santuario de Covadonga ¡qué pensamientos tan tristes embargan nuestro espíritu!

Y al ver el sepulcro donde yacen los restos mortales del hombre que, rotas las huestes del funesto rey Don Rodrigo, rehace sus restos dispersos, se guarece en un rincón de Asturias, desprecia las proposiciones del traidor don Oppas, derrota el ejército moro, constituye un reino, que andando el tiempo fuera dueño y señor de dos mundos, la vergüenza cubre nuestro rostro y el corazón se llena de tristeza.

Cualquiera creera que es el calabozo, la mazmorra que contiene los restos de algún traidor a la patria.

El viajero, ó curioso que, atraído por los recuerdos históricos, vaya a colocar una corona de laurel sobre el sepulcro del héroe de Covadonga, sentirá, lo que nosotros sentimos, vergüenza, indignación y tristeza.

Y sin embargo, ¡a cuántos reyes y príncipes que, al registrar la historia, nos causan rubor sus nombres ó sus hechos, sin más mérito que su nacimiento, se han levantado grandiosos sepulcros, panteones y mausoleos y estatuas colosales.

Y Pelayo, proclamado y jurado rey por un ejército a quien condujo a la victoria de sus enemigos en religión, en política y nacionalidad, reposa en un sepulcro miserable, vergonzoso, indigno de un pueblo noble, generoso y magnánimo.

¡Oh cuánta ingratitud, miseria y abandono!

Yo ignoro si seré el primero a levantar mi humilde y desautorizada voz; y quisiera tener cien lenguas para decir que los pueblos son ingratos cuando no corresponden, ni saben apreciar los hechos heroicos de los hijos que sacrifican su preciosa existencia, ó derraman su sangre por no sujetarse al yugo extranjero.

Y los pueblos ingratos nunca podrán contar héroes entre sus hijos. — *Probatio amoris exhibitio est operis*: obras son amores, que no buenas razones.

Figurao pues, una gruta de pequeñas dimensiones, con adornos caprichosos de bichos, sabandijas, follajes y yerbas selváticas, que crecen y se multiplican; y en el centro una caja ó arca de piedra según unos, y formada de tierra según otros, que contiene los restos de Don Pelayo.

Su entrada es semicircular, hecha por la mano del hombre sin esmero alguno; y los hierros gastados que, colocados por la parte exterior forman un cuadrado, le dan un aspecto de ventana de calabozo ó de mazmorra.

Y en la parte superior la inscripción ininteligible que copiamos en la página 378, y a uno y otro lado nombres y apellidos, escritos con lápiz, de viajeros ó curiosos. Y por último, un farol que da asco mirarlo.

¡Cuánto quisiera no haber visto este sepulcro!

Mil y mil reflexiones, a cual más tristes se agolparon a mi mente, y abandoné aquellos lugares solitarios con el corazón oprimido y los párpados ardientes.

Reyes y príncipes le vieron: su corazón se oprimía como el mío, y príncipes y reyes se olvidaron de los restos de Don Pelayo y de su miserable sepulcro.

Y vino un extranjero, el bondadoso duque de Montpensier, sintió lo que siente todo el que le ve, y ya que no un magnífico sepulcro, le erige a sus expensas un elegante y sencillo obelisco en el campo de la Jura.

Un extranjero, ilustre vástago de una familia real proscripta, nos enseña a apreciar el heroísmo, las virtudes cívicas de Don Pelayo.

¡Así supiéramos, ó quisiéramos nosotros manifestar nuestro reconocimiento y patriotismo, que consuminos en luchas estériles!

Asturias y España deben conservar siempre este recuerdo de los duques de Montpensier con agradecimiento.

Al Ser Supremo manifestamos nuestra gratitud por medio del culto interno y externo.

La historia abre sus páginas a Don Pelayo llena de admiración; y el arte, que escribe los grandes hechos en piedra, le relega al olvido.

Tan singular contraste no puede menos de llamar la atención del hombre pensador, que investiga la verdad. Por eso hay quien sostiene que uno de los dos sepulcros, que se conservan en la galería baja de la colegiata, era del rey Don Pelayo.

¿Cómo explicar, entonces, la existencia de sus restos mortales en la gruta ya mencionada?

En verdad, que hay mucha verosimilitud en esta creencia, y sería algo más digno y decoroso para el héroe y para la nación.

En junio de 1855 hice una excursión a la fábrica nacional de Trubia, en compañía de mi amigo don José Antonio López.

Entre otras cosas, he visto fundir en bronce los bustos de algunos hombres que aun viven hoy.

¿Con qué objeto habrán fundido los bustos de hombres que puede olvidar ó condenar la historia contemporánea?

Y sin embargo, comparad los tiempos, los hechos y los hombres y abandonaréis a Trubia, volveréis a avergonzaros del sepulcro de Don Pelayo, y para consolarnos, tornareis la vista a su estatua, grave, de continente esbelto, que, entre otras, adorna la plaza de Oriente en Madrid.

Quien lucha y vence, con el poderoso auxilio del

cielo, y echa los cimientos de una gran monarquía, yace humildemente y en sepulcro más pobre, mezquino y vergonzoso, que el último abad de la colegiata de Covadonga, cuyos restos mortales reposan en el sepulcro que algunos creen fué de Don Pelayo.

Este sepulcro, si la memoria no me es infiel, fue regalado por el cabildo al marqués de Pidal; y el abad, cuyos restos en él yacen, era pariente del señor Pidal.

No nos incumbe averiguar si el cabildo, tan generoso con el señor Pidal, tenía facultades para donar.

Y este contraste es digno también de la atención del hombre pensador.

En el precioso *Album* que se conserva cuidadosamente en las Salas Capitulares, no he visto, ni leído más que admiraciones y composiciones poéticas y prosaicas, que pudieran muy bien medirse por metros, y firmas de hombres notables en las armas y en las letras.

Solo mi amigo don Tomás Rubio, en 3 del corriente, consagró un recuerdo al sepulcro de Don Pelayo.

Y este recuerdo ha sido causa de estos mal ordenados renglones; y ¿quién sabe si estos servirán de recuerdo a los diarios políticos para pedir la erección de un sepulcro digno de contener sus restos mortales, y más decoroso para la nación?

Y si los diarios políticos tratan esta cuestión como de decoro nacional, yo no dudo que más tarde ó más temprano se levantará un grandioso mausoleo.

Tal es la influencia que ejerce hoy la prensa periódica en el país. Soy el primero a reconocerla por la experiencia que mis pocos años me han dado.

Por eso quisiera que voces más robustas y autorizadas que la mía, trataran la cuestión que es de decoro nacional.

Yo jamás hablé otro lenguaje que el austero y rudo de la verdad.

El sepulcro de Don Pelayo me llenó de vergüenza; y tengo para mí, que más vale vergüenza en cara que mancha en corazón.

Y cuando nosotros mismos nos avergonzamos de nuestras propias obras, ¿qué dirán los extranjeros?

Penas me da pensar que vean nuestras miserias, nuestra ingratitud. Seamos agradecidos a los ojos de Dios y de los hombres.

Un sepulcro grandioso, como un sepulcro grandioso, ni quita ni da nombre a los héroes de la patria.

Pero un sepulcro miserable da muy triste idea de la religión, civilización y cultura de los pueblos.

Bien es verdad, y esto puede consolar a alguno, que Don Pelayo tiene un féretro en Covadonga, y un magnífico y grandioso sepulcro en nuestra historia nacional.

Y la tumba de Pelayo es la cuna de la monarquía española.

Donde yacen en sepulcro miserable los restos del héroe, renació una monarquía poderosa que diere leyes al mundo.

Y el mundo contempla admirado la indiferencia de la monarquía hacia quien la volvió al ser.

Seamos dignos del héroe los hijos del siglo de las luces, como llaman al presente siglo XIX los filósofos racionalistas.

BERNARDINO DIAZ DE RIVERA.

### Revista de la moda.

SUMARIO.—La elegancia francesa y extranjera regresa a París.—De las cacerías de M. Ch. Archedeacon.—De las nuevas carreras de caballos: desafíos al trote.—Sobre las nuevas modas.—Tres trajes de paseo fotografiados en el bosque de Boulogne.—Descripción del figurin de este número que contiene las últimas novedades elegantes.

La elegancia parisiense y extranjera comienza a regresar a la capital. Sin embargo, hay rezagados y son los cazadores. Uno de los cazadores más famosos, el que tiene mejor servidumbre, mejores perros y caballos, es M. Ch. Archedeacon, que está haciendo prodigios en el bosque de Amboise. Le acompañan en sus expediciones contra los ciervos y los jabalíes el barón de la Broune, el marqués de Chateaumorand, MM. Cottier, Jameron, Louis Moiseau, Charles Navarre, Fernand de Sainte-Ville, el conde Casimir de la Roche Aymon, el conde Septimé de Villeneuve, el conde Arthur de Villeneuve.

Se trata en París, entre los aficionados a caballos, de una innovación feliz: las carreras al trote.

Estas carreras tendrán una utilidad incontestable; pues conviene sobre todo mejorar el trote de los caballos. El galopar está muy bien, pero se puede decir que esto es un lujo; el trotar es una necesidad, y a ese paso se conocen los buenos jinetes.

Se ha organizado pues una sociedad de *trotadores* que tendrá sus reuniones en el hipódromo de Longchamps. Se procederá por apuestas a falta del estímulo de los premios, que vendrá más tarde.

Ya se han hecho dos pruebas.

Dos desafíos propuestos y aceptados han interesado mucho a los principales miembros del Sport. M. Chocquart, secretario del emperador, se interesa mucho en el negocio.

En cuanto a los trajes masculinos, me desespera tener que repetir que no hay nada que merezca señalarse.

Los paletós son exactamente lo mismo que los que se llevaban el año pasado.

El lord Raglan sigue muy en boga entre los elegantes, en tanto que los hombres de negocios han adoptado el paletó saco y el paletó a la inglesa con tres costuras.

Por lo que toca a los trajes de visitas, de teatro y de bailes, el género no varía en nada.

Los hombres de mundo muestran afición a los trajes sencillos, y la mayor parte de ellos prefieren el frac negro a todos los demás.

Sin duda el frac negro es muy distinguido, pero ¡cuán triste y lúgubre parece en medio de un baile! — Los hombres de gusto harían bien en adoptar un pantalon gris, un frac de color, un chaleco de seda y una corbata blanca.— La corbata blanca en cierta clase de la sociedad es muy elegante.

La forma de los fracs de vestir no ha variado; se llevan cerrados y abiertos, según el gusto de cada uno. Sin embargo, el frac de soiré debe ser abierto para que se vea la pechera de batista y un rico chaleco.

La tela más a la moda para paletós y chalecos se llama *chinchilla*; es un tejido nuevo mucho menos grueso que las primeras muestras que salieron a luz.

Voy a describir tres trajes fotografiados en el bosque de Boulogne.

El primero se compone de un paletó de edredon bronceado cortado en forma de Dorsay, con el talle largo y ancho por detrás y cerrado con una sola hilera de botones; pantalon de cuadros, ancho de piernas, sin trabillas y chaleco de pequeño chal muy ancho.

El segundo traje lo formaban una levita de paño negro con cuatro botones abotonados, y chaleco de la misma tela que el pantalon. Sobre la levita se veía puesto elegantemente un sobretodo gris forrado de seda.

El último se componía de un largo y ancho sobretodo de chinchilla, el tejido de que he hablado antes, color de ave llana oscuro, y guarnecido de pieles. Bajo este sobretodo había probablemente un frac ó una levita con un chaleco de fantasía.

Todas mis noticias se limitan a lo que acabo de decir.

No es mucho por cierto; pero yo no tengo la culpa de que los parisienses pierdan el sentimiento de lo bello, del arte y de la elegancia en punto a vestir.

Pasemos pues a nuestro figurin.

El primer traje es de paseo y está reproducido aquí con un sobretodo muy parecido a la levita Dorsay. Se puede llevar este sobretodo con una jaqueta ó con un frac negro. El pantalon es de cuadros. Este invierno los cuadros están en moda. La forma es ancha y no lleva trabillas.

El segundo es un elegante traje de baile.

Compónese de un frac negro, un pantalon negro y un chaleco negro. La forma de las solapas y del cuello del frac es muy graciosa. El talle es de un largo ordinario y los faldones están cortados derechos sobre el delantero. El chaleco es de seda mate con chal de piqué rayado de seda blanca. El pantalon cae justo sobre el pie y no lleva trabillas.

Después tenemos un traje de mañana que se lleva mucho.

La prenda principal es una especie de ancho y largo levitín llamado a la inglesa, de tela de fantasía verdosa y ribeteado llano al rededor.

Los bolsillos están un poco bajos, y el cuello lleva tapa de terciopelo.

Chaleco de cachemira color oscuro de pequeño chal subido y un poco largo.

Pantalon mezclilla con banda a cada lado.

El último traje es para un niño de diez años; traje muy sencillo, pues que solo se compone de un paletó saco y de un pantalon plegado por arriba, muy ancho, y que se puede meter si se quiere, en los botines, que se hacen de la misma tela.

Yo sin embargo, prefiero para los niños de esa edad el traje de terciopelo ó de casimir liso; cada cual su gusto.

Bajo el paletó saco se puede poner una chaquetilla cualquiera de terciopelo con chaleco adecuado. En la cabeza lleva un fieltro abarquillado, de forma baja y sin adorno alguno.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

### La fiesta de santa Bárbara en Tolon.

El 3 de diciembre de cada año tiene lugar a bordo de los buques de guerra una ceremonia extraña, preludio de una fiesta más extraña aun, que las personas poco iniciadas en los secretos de la vida marítima leerán quizá con interés. El comandante de artillería que está a bordo, revestido como en un día de combate, de las principales insignias de su grado, previene al oficial de su arma que los marinos artilleros tienen la intención de celebrar como de costumbre la fiesta de santa Bárbara, su patrona. El oficial comunica el proyecto al alférez encargado del detalle, que pide a la autoridad el permiso competente que no se niega nunca.

Mientras se llenan estas formalidades se ve en la sombra de las baterías entre las pesadas cureñas a los aprendices de artilleros tejiendo homéricas guirnaldas de encina y de laurel destinadas a adornar al otro día las chalupas de desembarco.

El 4 de diciembre en efecto al amanecer, la lancha cañonera adornada toda ella de ramos de siemprevivas, de coronas y de festones se aleja del navío al sonido de las trompas, y un cuarto de hora después desembarca solemnemente en los muelles doscientos ó trescientos marinos de toda gala con tambores y pífanos a la cabeza electrizados por la perspectiva de dos días de libertad, y llevando cada uno un grueso ramillete en el ojal, como para probar que bajo la rudeza exterior de sus costumbres han conservado el amor a las flores y el recuerdo de los dulces sentimientos de que son emblema.

El desembarco, a pesar de los muchos curiosos y sobre todo a pesar del carácter turbulento del marinero en tierra, tiene lugar con un orden admirable. En medio del silencio más absoluto la imagen de madera dorada de santa Bárbara viene, de la popa donde estaba instalada en triunfo, a figurar a la cabeza del cortejo, y los alegres pífanos dan la señal de la marcha para la



CELEBRACION DE LA FIESTA DE SANTA BARBARA EN TOLON.

misa. Todos esos hombres robustos que tantas veces han desafiado las balas y las tempestades, van á inclinarse su frente bronceada por el aire salino á los piés de la *Maria Stella* adorada, que han invocado á menudo en las noches de borrasca y de espanto. El sacerdote que al concluir el servicio divino alza la mano para bendecir á tanta gente, no halla mas que cabezas prosternadas.

Al salir de la iglesia la tropa se dirige, siempre en buen órden á la casa, de la prefectura marítima, donde se da la serenata de honor bajo el balcon del almirante. De allí pasa bajo las ventanas del mayor general, y al fin pasa á las del comandante del navío. Terminadas estas ceremonias, el cortejo acompaña en procesion la estatua de santa Bárbara á la chalupa que la lleva á bordo.

En cuanto la santa ha dejado el muelle, el jefe de la tripulacion da la señal con un silbato de plata para que forme círculo en su derredor su dócil batallon, y empleando las metáforas mas floridas del vocabulario marítimo improvisa un discurso que es aplaudido con frenesí. Despues, para descargo de conciencia, recomienda la dignidad y la temperancia á su auditorio, y termina su arenga con estas palabras mágicas: *¡Libertad de maniobra!*

Preciso es conocer á fondo la vida del marinero, esa vida de privaciones y de obediencia pasiva, donde toda tentativa de reposo se reprime con una disciplina inexorable, para formarse una idea de lo que valen estas tres palabras «libertad de maniobra» para el marino.

Al punto las tiendas de licores se hallan invadidas por una muchedumbre sedienta. Sean cuales fueren los excesos de aquel dia, la página del registro de los castigos que lleva la fecha del 4 de diciembre, conservará su inmaculada virginidad. Las botellas se vacian como por encanto, y se baila y se canta con delirio. Nuestros hombres se entregan todo el dia á la felicidad de brindar y de reir, libres de cuidados de toda especie. Olvidan que ayer tuvieron que hacer esfuerzos inauditos para libertarse de un naufragio, y que mañana quizá dejarán la familia y la patria para emprender una campaña de cuatro ó cinco años. Toda aquella noche se les encuentra en las calles precedidos de un organillo ó de

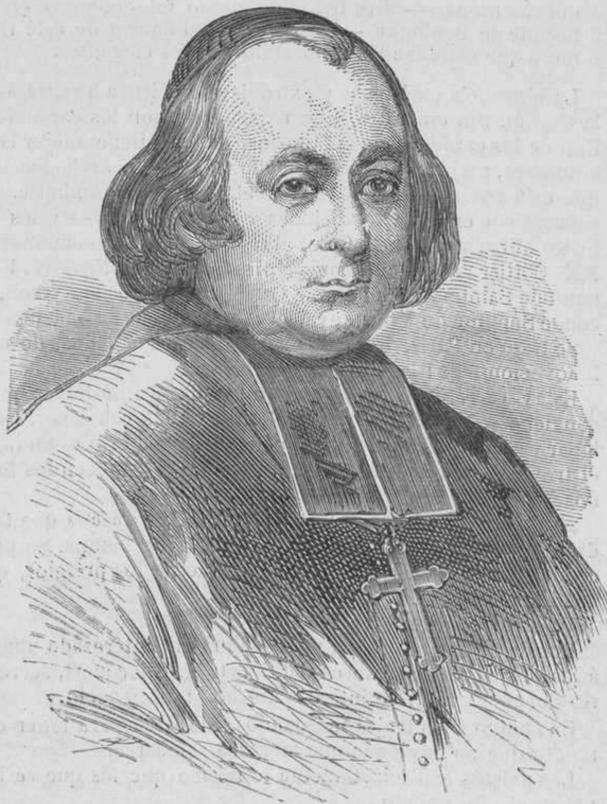
una gaita, á cuyos sonidos van haciendo cabriolas que es un portento.

A la otra mañana, cuando hay que volver á bordo, muchos que se han quedado rezagados en los bancos de la taberna, faltan á la lista. Sin embargo, esto no impide que la vuelta al navío no sea tan solemne como

lo fué la partida. Los vaporillos que hacen la travesía entre los pueblos próximos, se empavesan al rayar el alba y enarbolan banderas (en las que se leen los nombres de los navíos. Los marineros entran á bordo á los sonidos de la misma música que acompañó á su desembarco en el dia anterior. X.

### Monseñor Dufétre

OBISPO DE NEVERS.



MONSEÑOR DUFETRE, OBISPO DE NEVERS,  
Muerto el 6 de noviembre de 1860.

Monseñor Dominique-Augustin Dufétre, que acaba de morir obispo de Nevers, habia nacido en Lyon el 17 de abril de 1796. Desde la edad mas tierna demostró una vocacion tan pronunciada por la carrera eclesiástica, que el cardenal Fesch no vaciló en admitirle á la tonsura en mayo de 1807; cuando no tenia mas de once años. Cinco años mas tarde, en julio de 1812, salia con brillo de los exámenes, y á los diez y nueve años fué encargado de la direccion del pequeño seminario de San Justo en Lyon. En 1817 entraba al servicio de la Iglesia pronunciando ya votos irrevocables, y en el siguiente año pasaba á la casa de los Cartujos de Lyon, que es un verdadero seminario de misioneros. Pertenecia á esta sociedad cuando recibió la unción sacerdotal en marzo de 1819.

Despues de haber predicado en diferentes diócesis fué elegido por el arzobispo de Tours como primer vicario general, y durante cerca de veinte años M. Dufétre administró esta diócesis, que dejó con sentimiento general.

En 1842 fué nombrado obispo de Nevers; consagrado en Lyon en 1843, hizo su entrada solemne en su diócesis, y por espacio de diez y siete años se mostró pastor incansable y prelado inteligente; fundó varios establecimientos de caridad, un pequeño seminario y una casa de novicios, y estas obras tan variadas á que se consagraba, en nada perjudicaron á las demás funciones de su ministerio. Sin embargo, á pesar de su robusta constitucion, sucumbió á los ataques de un mal que debia á su celo apostólico, y murió el 6 de noviembre último, con sentimiento general en su diócesis.